



1  
JULIO JUST

REPÚBLICA ESPAÑOLA

MINISTRO  
DEL INTERIOR Y DE LA EMIGRACIÓN

Boulogne, 3 de diciembre de 1963

Sr. D. Manuel de IRUJO  
Gobierno Vasco  
50, rue Singer  
PARIS (XVI)

Querido amigo y compañero:

Tengo el gusto de informar a usted que nuestros compañeros y amigos los Sres. Bernardo Giner de los Ríos y Juan Simeón Vidarte, me han escrito con el ruego de que les haga saber a todos los que fueron diputados de las Cortes Constituyentes y de las ordinarias de la República, que el día 9 del corriente mes, aniversario de la promulgación de la constitución republicana, se reunirán en Méjico todos los que allí residen para conmemorar ese acontecimiento.

Piden que con ese motivo se les envíe una carta o un mensaje de saludo. Lo que me permito rogar a usted.

Con gracias anticipadas queda muy suyo,

Julio JUST

1º de abril

## Reflexiones sobre la victoria de Franco

por Julio JUST

Se ha cumplido ahora el XXIV aniversario de la victoria de los generales nacionalistas capitaneados por Franco sobre la República. En efecto, el 1 de abril de 1939 el locutor en Burgos de Radio Nacional de España, Fernando Fernández de Córdoba, que es quien de ordinario leía los partes de guerra, firmados por el general jefe de Estado Mayor, Francisco Martín Moreno, leyó el siguiente parte, después de decir « Vuelven banderas victoriosas », con que comenzaba el himno de la Falange : « En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, las tropas nacionales han alcanzado sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. » El parte lo redactó el propio Franco y era él quien quería leerlo desde su despacho del Palacio de la Isla, pero se lo impidió el haber caído enfermo el 28 de marzo.

Ese parte era el anuncio de la victoria militar, pero no era la paz como se quería dar a entender. La paz, una paz española, como convenía al país, se había intentado varias veces, sin resultado. Una de ellas estaba contenida implícitamente en la declaración hecha por Negrín el 1 de mayo de 1938 en la que se concretaba en trece puntos la política de su Gobierno : « Independencia absoluta de España ; expulsión de todas las fuerzas militares extranjeras sufragio universal ; *abandono de toda represalia* ; respeto a las libertades regionales ; respeto de las propiedades capitalistas, sin grandes trusts ; reforma agraria ; garantías de los derechos de los trabajadores ; desarrollo físico, cultural y moral de la raza ; despolitización del ejército ; renuncia a la guerra ; cooperación con la Sociedad de Naciones y, *amnistia para los enemigos*. » Al mismo tiempo Negrín, queriendo aprovechar los efectos psicológicos de esta declaración, que por su parte era una concesión importante ya que fue partidario de extremar a todo precio la resistencia, « con pan y sin pan », según una expresión que se hizo popular, negociaba con el conde Welczeck, embajador alemán en París, para ver de entrar en contacto con Burgos. Y el intento último fue el hecho por Besteiro pronunciando un discurso desde Madrid, sitiado por los franquistas desde 1936, sin que a pesar de haber anunciado varias veces que iban a hacerlo, hubieran podido entrar. Discurso de tono elevado, empapado de patriotismo y de infinita tristeza con el que intentaba abrir una negociación. Que, en efecto, se entabló enviando el coronel Casado, que asumía el mando de las tropas republicanas, después de haberse levantado contra Negrín, que hubo de refugiarse en Francia, emisarios a Franco que aguardaba en Burgos. Los emisarios eran los coroneles Garijo y Leopoldo Ortega, que se encontraron enfrente a los del mismo grado Gonzalo y Ungría. Las con-

diciones de los nacionalistas eran rendición total de las fuerzas aéreas de la República, que se habrían de dirigir a determinados aeródromos nacionalistas, y un alto el fuego por parte del ejército de tierra. La entrevista tuvo lugar el 23 de marzo. La entrega de la aviación republicana había de hacerse el 25 y el alto el fuego el 27. Franco designaba además dos puertos de Levante para que pudieran salir los republicanos que quisieran. No le importaba que salieran en barcos propios o ingleses y franceses. Mas aún : llegó a decir que si faltaban barcos estaba dispuesto a facilitarlos. Y cuando se expresaron ciertas dudas, hizo saber que se podía confiar en él. Y en apoyo de ello alguien recordó el telegrama que con fecha 22 de febrero envió el generalísimo a Neville Chamberlain. En él, refiriéndose a las posibles condiciones de la paz, había dicho: «que su patriotismo, su honor de caballero y su generosidad constituían las mejores garantías para una paz justa». Esto hizo que se abriera en la mayoría de los combatientes un portillo a la esperanza. El 25 hubo otra entrevista de los emisarios. Entrevista que comenzó bien, en un ambiente menos frío que la primera, como si por fin el clima de una paz española, sin venganzas, sin más efusión de sangre se hubiera hecho al cabo. Pero no fué así. La negociación se rompió bruscamente por parte de los franquistas. Horas después anunciaron, cuando moralmente los republicanos estaban desarmados, que iban a desencadenar una ofensiva general. El resultado fué como era de esperar, un inmenso desastre. En cuarenta y ocho horas toda resistencia republicana española organizada había desaparecido. Se había llegado a ese estado de cosas, el de tener que negociar, no por falta de valor de las tropas republicanas, ni siquiera porque se carecía de artillería, de aviación, de carros y municiones que en gran parte se consumieron en la batalla del Ebro, canto de cisne de la República, que produjo impresión en el mundo entero, hasta el punto de que Mussolini, al conocer la noticia del paso del río por los republicanos le dijo a su yerno el conde Ciano : « Anota en tu diario que hoy, 29 de agosto, profetizo la derrota de Franco... Los rojos son luchadores y Franco no»; se había llegado a ese estado de cosas, repito, a pesar de que los republicanos que habían derrochado raudales de valor y de inteligencia y capacidad creadora, la que se demuestra en el hecho de organizar en plena guerra un Estado, una economía de guerra, una industria adaptada a ella, una retaguardia, una moral heroica que ningún otro pueblo ha demostrado en defensa de sus instituciones, se había llegado a tal estado de espíritu al conocer el acuerdo de Munich. Era claro, en efecto, que en él se había convenido secretamente acabar con la resistencia republicana, para lo cual había que asfixiar a su Gobierno. Y estaba claro también que Stalin, que preparaba su acuerdo con Alemania, fiel a viejas ideas suyas de las que hablan sus biógrafos, quería desprenderse de todo compromiso en España. Eso se hizo sentir en la batalla del Ebro. Es cosa averiguada que si la República hubiera contado entonces con suficiente aviación, la batalla la hubiera ganado, y con ello cambiado la faz de la guerra. En fin, un día, dentro de bastantes años, sin duda, ahora es demasiado pronto aún, se descubrirán secretos que explicarán muchas cosas que ahora aparecen muy confusas, como ya se han explicado mucho con los documentos cogidos por los aliados en Berlín al caer esta ciudad en sus manos.

El caso es que el 1 de abril no fué la paz. Fué el comienzo de una feroz, implacable represión. Prólogo suyo fué la inmensa redada de

Alicante, ocupado el día 30 por las fuerzas italianas del general Gambarra. Pero no fueron ellas las que comenzaron aquel sanginario ojeo entre los miles de republicanos, en que había hombres, mujeres y niños concentrados en el Campo de los Almendros y en la Plaza de Toros. Fueron las tropas nacionalistas, ayudadas por la quinta columna, que había salido a la calle, y por los falangistas y requetés de todos los pueblos, algunos de provincias lejanas y que llegaban a Alicante para, sin más formalidad que un papel, llevarse a los que se les antojaba y asesinarlos en las plazas, en los cementerios o al borde de los caminos. No aparecía por parte alguna aquello que dijo Franco a Chamberlain : « el patriotismo, el honor del caballero, la generosidad... » De haber habido patriotismo se hubiera dado una amnistía general, dejando exentos a los jefes políticos, a los líderes sindicalistas, sin considerar el talento, el idealismo, la honradez, el ardiente patriotismo que fué norma de unos y otros. No hubieran sido asesinados en diez años tantos miles de republicanos, algunos por el simple delito de haber votado por el Frente Popular en los míseros pueblos del interior, tradicionalmente entregados al cacique, al cura y al amo de la tierra. Si además de eso, de la generosidad, alimentada por la vena patriótica, se hubiera tenido lo que caracteriza al verdadero hombre de Estado, es decir, el ver lejos, en el futuro, se hubiera impedido que salieran al extranjero para enriquecer a otros países con su aportación, la flor de la Universidad, de las letras, de los oficios, esto es, de los hombres con manos creadoras. Con visión clara del porvenir, no enturbiada por los ciegos odios, se hubiera pensado que España no podía hacer nada grande, vividero, escindiendo al cuerpo nacional, no apresurándose a restañar las graves heridas que lo hacían sangrar. Pero no fué así, bajo la presión del odio pisándole los talones salieron de España, perdiéndose para su economía para su progreso, para su cultura medio millón de personas entre las cuales había admirables obreros, campesinos, marineros, gente de todos los oficios; y salieron miles de maestros de escuela hechos por la República en su afán de desarrollar rápidamente la instrucción pública, uno de los grandes problemas nacionales; y salieron muchedumbre de escritores, de hombres de ciencia, de artistas. Muchos de ellos tenían renombre universal. Unos datos darán a estas consideraciones el realce merecido : más de 4.000 obras, buena parte de carácter científico, han sido publicadas por la emigración republicana en América, sobre todo en Méjico, en veinticuatro años. Los dos últimos premios Nobel dados a España han sido otorgados a dos republicanos españoles : Juan Ramón Jiménez, el altísimo poeta, y Severo Ochoa de Albornoz, el gran hombre de ciencia. En fin, la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos ha consagrado un grueso volumen a la obra de estos republicanos españoles arrojados de su patria por el odio franquista. Por ese odio Franco consintió sin pestañear, a pesar de su « patriotismo », de su « generosidad », que en Alemania murieran, víctimas de los nazis, en los campos de concentración, a palos, de miseria o en los hornos crematorios 12.000 republicanos españoles. Mussolini, en cambio, no dejó que a los antifascistas italianos, declarados enemigos suyos, se les tratara mal en el extranjero. Por esa política de odio, que simboliza el toque de clarín del soldado Rufo, que sonaba al dar sus partes de guerra Burgos y que resonó con tanta fuerza el 1 de abril de 1939, anunciando el parte de la victoria franquista — ¡qué distinto Rufo, pregonando la victoria de los suyos, que no la de España, de aquel

grito de Rodrigo de Triana, marinero de Colón anunciando « Tierra », y con ello la grande y gloriosa epopeya de España en América! —; por ese odio se quitó la nacionalidad a grandes patriotas, llegando hasta arrancar la hoja de su nacimiento en el Registro Civil, mientras se daba a alemanes, italianos y otros extranjeros mercenarios; por ese odio se pidió la extradición de muchos que estaban en el extranjero. No bastaba al parecer que padecieran el dolor infinito del exilio, había además que deshonrarles. ¡Qué diferencia entre el 18 de julio, fecha de su sublevación, que se festeja en la UNESCO izando el pabellón franquista, o el 1 de abril, fiesta de su victoria, y el 12 de octubre, que evoca el descubrimiento de América y se celebra como fiesta de la raza!

Y no es que faltaran ejemplos a Franco de ese rasgo de hidalguía del vencedor con el vencido, que ha caracterizado al español a lo largo de su historia, compatible con la fiereza en el combate. Velázquez lo ha inmortalizado en su cuadro famoso de «Las lanzas», orgullo del Museo del Prado, en que se representa a Ambrosio Spínola, general español, inclinándose caballerescamente para recibir las llaves de Breda de las manos de Justino de Nassau, que se había visto obligado a rendirla en abril de 1626 ante el valor de las armas de España. Y hay otros mil ejemplos. Pero entre los que se encuentran en medio de las luchas civiles del siglo XIX, muchas veces terribles, hay uno que es típico, que se ajustaba como anillo al dedo para que Franco el 1 de abril hubiera obrado de la misma suerte. Es aquel de 31 de agosto de 1839, dentro de seis años hará un siglo, en que Maroto, general carlista, y Espartero, general liberal, el uno vencido y el otro vencedor, se encuentran ante sus tropas, puestas a un lado y otro, presentando armas, y montados a caballo, van el uno hacia el otro para abrazarse. Escena a la que sigue el llamamiento de Espartero a sus soldados victoriosos para que a su vez abracen a sus valerosos adversarios. Esto ocurría al final de una enconadísima guerra que duró desde octubre de 1833 hasta el 31 de agosto de 1839 que he dicho. Esa pública reconciliación es lo que en los anales de España se conoce por el abrazo de Vergara. En virtud de ese convenio, ratificado por las Cortes, los carlistas, es decir, los vencidos —los carlistas— podían volver libremente a sus casas. Y los que quisieran servir en el ejército nacional, podían hacerlo conservando grados y sueldos. En fin, los que prefirieran marchar al extranjero recibían pasaporte, ayuda para el viaje y tres pagas para hacer frente a sus primeras necesidades. Todo lo cual es generosidad. Generosidad y patriotismo y espíritu caballeresco de parte del vencedor, a pesar de que los carlistas habían sido implacables con los que caían en sus manos, hasta el punto de llamar a uno de sus grandes jefes, Ramón Cabrera, antiguo seminarista, « El Tigre del Maestrazgo ».

En fin, el 14 de abril de 1931, el pueblo español, al implantar la República, después de una dictadura militar que duró siete años, no derramó una sola gota de sangre de sus enemigos. El rey Alfonso XIII y su familia pudieron salir sin que nadie les molestara. Eso recuerda Breda. Eso es lo profundo español. Eso es generosidad, patriotismo, humanidad. Lo otro es *franquismo* que no tiene traducción en ninguna lengua.



REPÚBLICA ESPAÑOLA

MINISTRO  
DEL INTERIOR Y DE LA EMIGRACIÓN

27.  
JULIO JUST

Boulogne, 17 de mayo de 1963

Sr. D. Manuel de IRUJO  
Gobierno Vasco Español  
50, rue Singer.  
PARIS (XVI)

Querido Irujo:

Me es grato informarle que hace algún tiempo se me concedió por "Arts, Science et Lettres", importante asociación fundada en 1915 y que actúa bajo el alto patronato del Ministerio de Educación Nacional y de personalidades como Duhamel, Maurice Garçon, Louis de Broglie, Profesor Pastor Vallery-Radot y otros, una de las más altas distinciones que concede por méritos sobresalientes en servicio de la cultura. Se trata del Diploma y la Cruz de Vermeille. La entrega de esta distinción me fué hecha el 5 de mayo en una sesión pública y solemne, celebrada en la Mutualité, presidida por M. Malraux y altas personalidades de las Ciencias y las Letras francesas. El mismo día se concedieron otras condecoraciones iguales o inferiores a otras personalidades francesas, italianas y belgas. Le informo de este extremo por la amistad que nos une y por si le parece bien publicar la noticia en "O.P.E.", como lo hicieron anteriormente, al recibir la condecoración del Mérito Civil Francés, que me fué concedido por "servicios excepcionales a la humanidad". Distinción que me fué concedida precisamente cuando había tanta alarma por la aproximación entre París y Madrid, lo que le daba, según me parece, un singular sentido.

Anticipándole las gracias, le saluda con el afecto de siempre,

Julio JUST



JULIO JUST

REPÚBLICA ESPAÑOLA

MINISTRO  
DEL INTERIOR Y DE LA EMIGRACIÓN

Boulogne 21 marzo 1963

Querido Inigo: En ausencia, según  
eres, de Leizaola le he escrito a la  
Luz y le escribo ahora a usted  
para rogarte que si lo estimas  
conveniente visites a los vascos  
que dirijan mensajes de simpatía y  
respeto al Pte Lejón Mateo, y de su  
afinidad a México por el apoyo que  
prestó siempre a la causa de la  
República, apremiándolo a la  
sede en París del presente me-  
jorando en donde permanecerá de  
del 28 al 29.

Mucho le agradeceré que si le  
parece bien repuya la copia.

Gracias y como siempre quedo

su  
muy muy

Julio Just



38

JULIO JUST

REPÚBLICA ESPAÑOLA

MINISTRO  
DEL INTERIOR Y DE LA EMIGRACIÓN

Boulogne, 26 de marzo de 1963

Sr. D. Manuel de IRUJO  
50, rue Singer  
PARIS XVI

Querido Irujo:

Acabo de recibir la copia de la carta que ha enviado usted al Presidente López Mateos. Me parece muy bien. Le felicito.

Le abraza,

Julio JUST



41

JULIO JUST

REPÚBLICA ESPAÑOLA

MINISTRO  
DEL INTERIOR Y DE LA EMIGRACIÓN

Boulogne, 19 de marzo de 1963

Sr. D. Manuel de IRUJO  
Gobierno Vasco  
50, rue Singer  
PARIS (XVI)

Querido Irujo:

Usted sabe cuánto quería yo a Aguirre. No le extrañará pues que al cumplirse el tercer aniversario de su fallecimiento le dirija estas líneas para que me consideren unido con cuantos le recuerdan con emoción.

Le abraza cordialmente,

Julio JUST